

Cómo citar / How to cite: Sánchez Jaén, J. 2024. Los gasánidas en tiempos de la peste: de aliados militares a gloriosos patricios defensores del monofisismo. *Antigüedad y Cristianismo* 41, 5-18. <https://doi.org/10.6018/ayc.578931>

LOS GASÁNIDAS EN TIEMPOS DE LA PESTE: DE ALIADOS MILITARES A GLORIOSOS PATRICIOS DEFENSORES DEL MONOFISISMO

THE GHASSANIDS IN TIMES OF THE PLAGUE: FROM MILITARY ALLIES TO GLORIOUS PATRICIANS DEFENDERS OF MONOPHYSITE

Jesús Sánchez Jaén

Barbaricvm, grupo de investigación sobre la Antigüedad Tardía / Universidad Complutense de Madrid,

Madrid, España

jsjaen@nodo50.org

orcid.org/0000-0003-3141-8496

Recibido: 3-8-2023

Aceptado: 1-7-2024

RESUMEN

La epidemia de peste de mitad del siglo VI, conocida como “la peste de Justiniano”, causó una gran crisis de salud en el Imperio Bizantino. Sin embargo, las fuentes muestran que los aliados árabes de Justiniano, la tribu gasánida, no sufrió la epidemia de la misma forma. Mientras la peste diezmaba a la población e incluso al ejército imperial, el basileus gasánida al-Harit y sus tropas aumentaron su protagonismo en la guerra frente al Imperio Sasánida. Además, al-Harit aprovechó su posición de prestigio para interceder ante la corte a favor de los cristianos monofisitas¹. Ambos hechos sirvieron para asentar su liderazgo militar y religioso entre la población sarracena. En el aspecto político, al-Harit consiguió ser nombrado archifilarca y patricio por Justiniano, y aseguró los mismos privilegios para su hijo al-Mundir como su sucesor.

Palabras clave: gasánidas, al-Harit, Teodora emperatriz, Justiniano, peste, monofisismo, limes arabicus, Juan de Éfeso.

1 El término «monofisismo» aplicable a la fe cristiana contraria al concilio de Calcedonia está últimamente en cuestión. Algunos autores tienden a utilizar el término «miafisismo» para nombrar a todas aquellas corrientes cristianas opuestas a la ortodoxia de Calcedonia. Sin embargo, no consideramos que ese término pueda englobar todas las opciones no calcedonias. El monofisismo mantiene que en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, pero sin separación; la humana es absorbida por la divina. Por otro lado, el miafisismo defiende que Cristo tiene una sola naturaleza que une lo divino y lo humano. La diferencia es básicamente conceptual. Hemos decidido usar en este artículo el término «monofisismo» por ser el que habitualmente se aplica a la fe profesada por las élites árabes cristianizadas en el Imperio Bizantino, así como el que designa al credo defendido por Jacobo Baradeo, Juan de Éfeso y la emperatriz Teodora. Véase como ejemplos Arce 2012; *Ibid.* 2015; Genequand y Robin, 2015; Hoylland 2009; Millar 2008; *Ibid.* 2009; Pandura 2013; Shahid 1995; *Ibid.* 2010; Torrance 1998. En cuanto a los términos «calcedonio» y «no calcedonio» se prefieren frente a «calcedoniano» y «no calcedoniano» por ser el adjetivo elegido por la RAE para designar a los partidarios de Calcedonia. Por otra parte, «calcedoniano» no figura en el diccionario de la RAE.

ABSTRACT

The mid-sixth century plague epidemic, so called “Justinianic Plague”, caused a major health crisis throughout the Byzantine Empire. However, classical sources show that Justinian’s Arab allies, the Ghassanid tribe, did not suffer the epidemic in the same awful way. Meanwhile the plague decimated the population and Imperial Army also, the Ghassanid basileus al-Harit and his army expanded their role in the war against the Sasanian Empire. Moreover, al-Harit took advantage of his prestigious position to plead on behalf of the Monophysite Christians before the Imperial Court. Both facts helped him to establish his military and religious leadership among Saracen population. In the political sphere, al-Harit was given the titles of archiphylarch and patrikios by Justinian, and he succeeded in securing the same privileges for his son, al-Mundir, as his successor.

Keywords: Ghassanids, al-Harit, Theodora empress, Justinian, plague epidemic, Monophysism, limes arabicus, John of Ephesus.

SUMARIO

1. Introducción. 2. Una misiva para la emperatriz. 3. Al-Harit, aliado indispensable. 4. Lejos de la ciudades por prevención. 5. Conclusión. 6. Ediciones de fuentes clásicas. 7. Bibliografía.

1. INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo VI el Imperio de Oriente vivía una época de enfrentamientos recurrentes con el Imperio Sasánida, una cuestión nunca resuelta satisfactoriamente para ambos bandos. Mientras en Occidente las campañas de Belisario y Narses lograban recuperar territorios clave para Justiniano, en la frontera mesopotámica y en el *limes arabicus* todo era inestabilidad. Las dificultades para mantener tropas regulares en el *limes* llevó a Justiniano a pactar un *foedus* con las tribus árabes aliadas y a delegar en sus líderes la defensa del desierto. La tribu gasánida, convertida al cristianismo al menos desde el siglo IV, asumió el papel principal en esta defensa al frente de una confederación de tribus árabes. Pero en 541 apareció un nuevo factor que afectaría a millones de personas y, como consecuencia, dificultó la estrategia frente a los sasánidas: una epidemia de peste que desde el delta del Nilo fue propagándose con gran velocidad por todas las ciudades de Oriente. En un momento tan complejo, el líder gasánida al-Harit ibn Jabala realizó una serie de movimientos diplomáticos que le sirvieron para mejorar su posición de líder político y

religioso, tanto ante la corte imperial como entre la población sirio árabe. Por causas diversas, la epidemia de peste debió de ser menos dañina entre los sarracenos. Mientras hacía estragos en las ciudades, en la corte de Justiniano y en los campamentos del ejército regular, las tribus árabes y su líder se erigieron como defensores del *limes*. Derivado de ello, en mitad de las disputas religiosas del siglo VI, al-Harit aparece como mediador y defensor de la fe mayoritaria en Siria y las provincias del desierto, el monofisismo.

2. UNA MISIVA PARA LA EMPERATRIZ

Trasladémonos por un instante a la capital imperial en el siglo VI; permítasenos la licencia. Hacia la mitad del año 542 un personaje cubierto con un pañuelo largo de cuadros rojos y blancos entra en Constantinopla por la puerta de Oro. Montado en un caballo azabache, nervudo y brioso, avanza por la vía hasta la puerta de Cristo, en la segunda muralla. No lleva séquito, lo que indica que no es un rey o un aristócrata. Los guardias de la puerta le ceden el paso y acto seguido atraviesa los foros del Buey y el Toro y desemboca en la Mese, la calle triunfal que lleva al Augusteon, la gran

plaza mandada construir por Constantino en honor a su madre Elena bastantes años atrás. Una vez allí, se detiene a las puertas del palacio imperial a la espera del permiso para entrar. Ante él, hacia oriente, se eleva una gigantesca cúpula. Es el remate de la gran iglesia que los arquitectos de Justiniano han estado construyendo durante más de cinco años. Las noticias de este asombroso edificio, mayor que ninguno conocido hasta el momento, han llegado hasta el lugar de origen del jinete, en Siria, pero no había imaginado su aspecto: parece cubrir la mitad del cielo para guardarlo en su interior. Tras varias horas de espera, un mayordomo llega hasta la puerta y le indica que le siga al palacio. Por salones suntuosos y patios bordeados de columnas llegan a la oficina del *logotetas* del *dromos*, el alto funcionario encargado de la correspondencia con los príncipes extranjeros. Allí se presenta como mensajero del *basileus al-Harit*, hijo de Jabala, *archifilarca* de los sarracenos al servicio del emperador. Es portador de una carta de su señor dirigida a la emperatriz Teodora.

La puesta en escena de la llegada del mensajero es imaginada, pero no lo es la misiva ni la fecha en que sucedieron los hechos, ambos datos históricos como veremos a continuación, pues los conocemos por la *Vida de los Santos Orientales* de Juan de Éfeso, (*Patrologia Orientalis*, 19).

El contenido del mensaje revelaba la buena relación entre ambos, el líder árabe y la esposa de Justiniano, pues en él se solicitaba el nombramiento de obispos no calcedonios para los territorios a cargo de al-Harit. Sin embargo, el momento podría no parecer el más propicio, dado que Constantinopla llevaba unos meses sumida en el desorden y la muerte a causa de una epidemia de peste. La misma fuente que nos informa de la petición de al-Harit, Juan de Éfeso, hace una descripción completa de la epidemia y de sus consecuencias. Al escribir sobre las vidas de los santos de la iglesia oriental, Juan de Efeso detalla la intervención del «glorioso Heret bar Gabala, el gran rey de los sarracenos» ante la creyente Teodora para

que se instituyesen obispos ortodoxos en Siria (*Patrologia Orientalis*, 19, 153-154). Y, por otro lado, en su *Historia Eclesiástica* relata los efectos de la plaga de peste que afectó a Oriente durante el reinado de Justiniano².

Quizá la vía triunfal que llevaba al palacio imperial estuviese despejada de enfermos; quizá los cadáveres eran retirados con prontitud. O puede que no fuese así, y que el mensajero quedase impactado por lo que veía. Pero los hechos, narrados por Juan de Éfeso, describen una situación terrorífica en la capital. Valga como ejemplo que Juan llega a asegurar que cuando los muertos acumulados en Constantinopla superaron los 230.000, los guardias de las puertas decidieron dejar de contarlos (*Fragm.*, II, 235). Como no era posible enterrar individualmente a tanto difunto, el emperador dio orden de cavar grandes fosas al otro lado del Cuerno de Oro, en Galata, y allí se colocaron miles de cadáveres. En cualquier caso, la situación en la capital a partir de la primavera del 542 distaba mucho de ser normal. Las crónicas que nos han transmitido tanto Juan de Éfeso como Procopio describen el caos que la peste estaba causando en la urbe. La gran epidemia se había detectado por primera vez en Pelusio hacia 541, así lo cuenta Procopio (*Bellum Persicum*, II, 22, 6), y en la primavera del año siguiente ya se había manifestado en Constantinopla (*Bellum Persicum*, II, 22, 9). En palabras de Procopio, quien habitaba en la capital en esos años, «al principio morían en número un poco mayor que el de costumbre (...) para luego alcanzar una cantidad de cinco mil víctimas

² La segunda parte de la *Historia Eclesiástica* de Juan de Éfeso, en la que se habla de la epidemia que se extendió por el Imperio de Justiniano, se ha conservado fragmentada. Parte de la obra de Juan de Efeso se considera transcrita en la llamada *Crónica del Pseudo Dionisio de Tell Mare*. *Chronicle of Pseudo - Dionysius of Tell Mahre, Part III*. Traductor: Wittakowski, W., Liverpool University Press, 1996. Varios fragmentos más, no transcritos en el Pseudo Dionisio, están recogidos en la obra de Miguel el Sirio, en concreto en la segunda parte de su *Crónica*, publicada en francés por Chabot, J.B., *Chronique de Michel le Syrien*, Tomo II, Paris, 1901.

al día, hasta llegar a diez mil o incluso más». (*Bellum Persicum*, II, 23, 2).

Ante este panorama nos preguntamos sobre la urgencia del mensaje y sobre el atrevimiento de importunar a la corte con un asunto que podría parecer casi irrelevante en un momento de emergencia como el que nos describen las fuentes. ¿Acaso desconocía al-Harit lo que estaba sucediendo en Constantinopla? ¿o quizá consideraba tan importante la petición como para no poder aplazarla?

Sobre la primera pregunta, no hay constancia del recorrido exacto que siguió el contagio desde el delta del Nilo. Se ha supuesto que pudo seguir la costa de Palestina y Siria hacia Asia Menor, pero también es probable que la enfermedad viajase en los primeros meses por barco acompañando a mercaderes y mercancías. Autores como Allen y Stein afirman que el mal llegó a Constantinopla antes que a Siria (Allen 1979, 5-20; Stein 1949, 841). Incluso es muy posible que siguiese ambas vías, la terrestre y la marítima, en paralelo, porque al contagio de Alejandría y Gaza por mar habría seguido una exposición paulatina de los habitantes de las poblaciones circundantes³. Juan de Éfeso describe los estragos de la enfermedad que va observando en su viaje de regreso desde Siria a la capital, pero eso no sirve para presuponer que la epidemia siguió el mismo camino. Juan se encuentra con los efectos de la peste en lugares tan distintos como Cilicia, Misia, Bitinia, Capadocia o *Iconium* mientras viaja, y según sus palabras, coincide con el momento álgido de la epidemia. «Día tras día», dice aterrado, «llamábamos a las puertas de la tumba» (*Fragm.*, II, p. 240). En cualquier caso, y partiendo del hecho de que las noticias principales sobre la peste proceden de lugares portuarios o próximos a la costa (Pelusio, Alejandría, Gaza, Constantinopla, Antioquía), es obligado pensar que los casos de contagio en lugares del interior de Siria sucederían algo

después que en las ciudades costeras, e incluso mucho más tarde si miramos hacia la planicie desértica del este. No podría afirmarse que en el territorio controlado por los árabes de al-Harit no hubiese noticias de lo que sucedía en la costa, pero probablemente se desconociera la magnitud de la enfermedad. Tampoco es descartable que cuando el mensaje para Teodora partió del lugar donde residiese al-Harit, éste no tuviese noticia de lo que sucedía en la capital. Recordemos que la respuesta de Teodora y el momento álgido de la epidemia en Constantinopla son casi simultáneos.

De otro lado, respecto a la urgencia de la petición, hay que reflexionar sobre la importancia que al-Harit concedería al objeto de la misiva. Parémonos un instante en la situación de conflicto entre confesiones cristianas en el momento en que se declaró la epidemia. La controversia entre calcedonios y no calcedonios había alcanzado un punto extremo con la tarea perseguidora e inquisidora de Efraím de Antioquía. Efraím, antiguo *comes orientis*, accedió al patriarcado de Antioquía en 527, y desde ese puesto continuó su lucha contra los no calcedonios, encaminada a erradicar, o al menos reducir al máximo, a los seguidores de la doctrina monofisita. En 536 solicitó al papa Agapito I que depusiese a Antimo (o Antimio) como patriarca de Constantinopla, que era monofisita, alarmado por el poder que esta corriente había alcanzado al conseguir el control de los patriarcados de la capital y de Alejandría. El papa Agapito viajó a Constantinopla para convencer a Justiniano de que depusiese a Antimo (Torrance 1998, 6). Para completar su éxito, Efraím consiguió que el papa y Justiniano condenaran a Severo de Antioquía y sus seguidores por nestorianismo y eutiquianismo, y prohibieran los escritos de Severo en dos concilios celebrados *ex professo* ese mismo año, uno en Constantinopla y otro en Jerusalén⁴. Los hechos debieron de alcanzar

3 Las publicaciones más recientes optan por un contagio en paralelo en varias direcciones, hacia Alejandría, Gaza y Constantinopla. Ver Little 2007, 3 - 32; Sabbatani, Manfredi y Fiorino, S. 2012, 129 y fig. 2.

4 *Acta Conciliorum Oecumenicorum* (ACO), 3, *Collectio Sabbaitica*, editado por Schwartz, Eduardus, Berlín, 1940. La constitución justiniana en la que se sancionaron las condenas se recoge en la p. 121. Las actas del concilio de Jerusalén de 536 en las páginas 123-125

un nivel de tensión verdaderamente dramático, pues Juan de Éfeso acusa a Efraím de haber provocado la muerte del obispo de Tella, llamado también Juan (*Patrologia Orientalis*, 19, 153) ⁵.

El enfrentamiento entre obispos y clérigos de ambas corrientes había llegado a un punto extremo, y a raíz del edicto de Justiniano parece que los no calcedonios llevaban la peor parte. La controversia afectó al propio líder árabe, si damos crédito a un relato de Miguel el Sirio. Según cuenta en sus crónicas, Efraím de Antioquía habría llevado su pugna contra los no calcedonios hasta la residencia de al-Harit, (su *hirta* o palacio)⁶ en un intento de convertirle a la ortodoxia calcedonia. Efraím creía que, si convencía al *basileus* sarraceno de abandonar la creencia monofisita, eso arrastraría a todos sus súbditos árabes. Al-Harit rechazó la comunión que le ofrecía Efraím, y ante la insistencia de éste, respondió ofreciéndole comer carne de camello. Como Efraím retrocediese a la vista de la carne, con repugnancia por lo que consideraba una comida de bárbaros, al-Harit le hizo ver que así mismo él rechazaba la comunión que el obispo le ofrecía. Para los no calcedonios la comunión en la forma calcedónica era poco menos que una herejía, y al-Harit la calificó como carne pura infectada por el cuerpo de una rata, refiriéndose al papa León I y a su obra, el Tomo de León, en la que años atrás se había atacado duramente a los monofisitas (Miguel el Sirio, *Crónica*, edición de Chabot 1901, II, 246 (311)).

⁵ Juan de Éfeso lo escribe de la siguiente manera: «Antes de estas cosas, en el año 16 del reinado de Justiniano, después del martirio del bendito combatiente por la religión Juan obispo de la ciudad de Tella a manos de Efraím de Antioquía». Tella, en las proximidades de Edesa, era conocida por los bizantinos como Constantia. Su nombre actual es Viranşehir.

⁶ La *hirta* no tenía por qué ser un lugar concreto, sino aquel sitio donde se encontrase la tienda del *basileus*. El término árabe designa el campamento del líder, con su tienda y las de toda la corte y los soldados. Habitualmente se ha identificado una corte estable de los gasánidas en Jabiya, en la zona del Golán, pero no siempre era así. El rey árabe se desplazaba por el territorio bajo su control cambiando de campamento al modo beduino.

En ese contexto, y considerando la posición pro monofisita de al-Harit, constatada por las fuentes, es comprensible que el líder árabe tuviese cierta prisa por solicitar la ayuda de la emperatriz, quien se mantuvo fiel al monofisismo toda su vida pese a la opinión contraria de la corte.

3. AL-HARIT, ALIADO INDISPENSABLE

Está claro, por tanto, que la propagación de la peste no fue un obstáculo para la misión diplomática de al-Harit, a diferencia de lo que podría pensarse. El episodio es un indicador, a nuestro modo de ver, de otro hecho más relevante, el prestigio y el poder crecientes del líder sarraceno. La situación política en Oriente en el momento de la declaración de la epidemia era tan confusa como la religiosa. Los dos principales personajes del ejército en Asia, Bouzes y Belisario, habían corrido una suerte dispar durante la campaña contra los persas de 541-542. Bouzes había ejercido temporalmente como *magister militum únicum per orientem* (Procopio, *Bellum Persicum*, II, 6) hasta el regreso de Belisario de Italia en 541, pero luego pasó a estar bajo sus órdenes. Tras una campaña victoriosa de Belisario frente a Cosroes en 542, ante los rumores de un posible golpe militar durante el tiempo que Justiniano pasó enfermo por la peste, Teodora tomó las riendas del Imperio y llamó a ambos a Constantinopla. Belisario fue destinado de nuevo a Italia, y Bouzes fue encarcelado durante dos años.

La inestabilidad provocada por la peste y la enfermedad del emperador afectaron en gran medida al ejército, y los sucesos en la frontera de Mesopotamia no hacían más que aumentar esa inestabilidad. Los persas seguían siendo una amenaza y las tropas sarracenas constituían un recurso útil y efectivo para controlar el *limes arabicus*. El papel de al-Harit, tanto en el plano militar como en el diplomático y en el religioso, adquirió mayor valor. En una crónica del siglo X del obispo Agapio de Manjib se relata una campaña victoriosa de al-Harit contra

los persas en 542 (Shahid 1995, I, 1, 230), que, recordemos, es el momento de mayor propagación de la peste. Y no fue un hecho aislado, porque el protagonismo de al-Harit fue en aumento. Es probable que la crónica de Agapio de Manjib recoja la intervención de al-Harit en el cerco de Sisauranon, en 541-542, en el ejército dirigido por Belisario, y la razia que realizaron los sarracenos a sus órdenes en territorio persa en la orilla oriental del Tigris. Procopio (*Historia Secreta.*, II, 28) da detalles del papel de al-Harit en esa campaña e indica que Belisario envió a los sarracenos porque no quería alejarse demasiado del territorio romano por circunstancias familiares⁷. El cerco de la fortaleza de Sisauranon formó parte de la respuesta de Belisario al ataque de los persas en 541 a la región de Lázcica (Cáucaso). El papel de la caballería sarracena consistió en hostigar la retaguardia persa con razias que cortasen las vías de aprovisionamiento y refuerzo para debilitar a los defensores de Sisauranon⁸.

La campaña de Mesopotamia, que incluyó la reconquista y defensa de otros enclaves atacados por Cosroes además de Sisauranon, como Nísibis, Comagene y Sergiopolis (Procopio, *Bellum Persicum*, II, 20), tuvo lugar mientras la peste hacía estragos en Constantinopla. Como ya hemos indicado, la noticia de la enfermedad del emperador llegó al ejército de Oriente mientras éste se

enfrentaba a los persas. Y si Procopio atribuye en parte la retirada de Cosroes a su temor al contagio de la peste entre sus tropas, podemos deducir que en el ejército de Belisario habría un temor similar. Quizá esa fuese, en definitiva, la razón de que Belisario decidiese encargar a al-Harit las últimas acciones y la persecución de los persas. El hecho es que encontramos a al-Harit al frente de sus tropas como aliado indispensable en un momento de gran riesgo y confusión entre los mandos del ejército: peste, enfermedad del emperador, rumores sobre su muerte, intrigas (Fig. 1).

Los hechos que nos transmiten las fuentes contemporáneas dan la impresión de que los gasánidas mejoraron su posición y su influencia en Siria y Arabia al tiempo que la peste asolaba el Imperio. En primer lugar, hay que reseñar que la misiva dirigida a Teodora consiguió su objetivo: la emperatriz logró la ordenación como obispos de dos sacerdotes monofisitas, Jacobo Baradeo, un asceta que se había hecho famoso en Constantinopla por su piedad, y Teodoro. En segundo lugar, el protagonismo de las tropas sarracenas aliadas de los romanos es creciente en esos años, como muestra la importante victoria de al-Harit sobre el rey lákmida al-Mundir, líder de los árabes que luchaban del lado de los persas, en la batalla de Calcis *ad Belum* (o Belos) (en el emplazamiento de la Qinnasrin medieval, en Siria) (Rousset 2021). Los lákmidas llevaban decenas de años disputando a los gasánidas el control del territorio situado entre las tierras fértiles de Siria y las llanuras cercanas al Éufrates, una región desértica pero clave en la estrategia de razias y hostigamiento del enemigo que practicaron durante siglos persas y romanos. En una de esas razias, los lákmidas habían penetrado hasta el norte de Siria (provincia de Siria Prima) amenazando ciudades importantes como Antioquía, Apamea o Alepo. La intervención de las tropas de al-Harit fue fundamental para detenerlos y asestarles una derrota importante. La victoria de al-Harit tuvo lugar en un momento clave para Constantinopla, en 554, en medio de una

⁷ Procopio, *Historia Secreta*, II-IV, inserta los detalles de la reconquista de Sisauranon y la razia de los sarracenos al otro lado del Tigris en medio de las intrigas que, supuestamente, se levantaron contra Belisario en la corte para desacreditarle. Los enemigos de Belisario explicaban que había recurrido al *basileus* gasánida en lugar de atacar él mismo a Cosroes porque estaba preocupado por su mujer, Antonina, quien viajaba a su encuentro pese a la plaga y la guerra. Procopio infravalora la importancia de los aliados árabes en la estrategia para frenar a los persas.

⁸ El cerco de la fortaleza está bien estudiado en Petersen 2013, 526. Con respecto a la fecha hay algún debate porque según Petersen tuvo lugar en 541, inmediatamente después del ataque de Cosroes a Lázcica, después de un intento de tomar la ciudad fronteriza de Nisibis, en manos de los persas desde la muerte del emperador Juliano. Pero según Shahid 1995, I, 1, 230, la crónica de Agapio deja claro que los hechos ocurrieron en el año dieciséis del reinado de Justiniano (542).



Figura. 1. Las ciudades de Oriente y el *limes arabicus* en el siglo VI. Elaboración propia a partir de d-maps.com

gran hambruna y una epidemia en el ganado, dos hechos conectados entre sí y consecuencia inmediata de los efectos de la peste entre la población rural (Miguel el Sirio, *Crónica*, ed. de Chabot 1901, 269 (323-324) ⁹.

El prestigio alcanzado por al-Harit queda reflejado en las frases que le dedican Procopio y Juan de Éfeso. El primero señala que el *basileus* gasánida era considerado como el jefe de todos los *filarcas* árabes aliados (*Bellum Persicum*, I,17, 47) y el segundo explica, en un pasaje de su *Vida de los Santos*, que el territorio controlado por al-Harit llegaba desde el Éufrates hasta el Sinaí (*Patrologia*

Orientalis, 19, pp. 233-234)¹⁰. El episodio de Calcis *ad Belum* en 554 sirve a algunos autores para reflexionar sobre la extensión del poder de al-Harit. Calcis está muy al norte del hipotético territorio de los gasánidas, aproximadamente desde Damasco hacia el sur y el este, hasta el Éufrates y quizá también parte de Palestina (*Palestina Secunda*). Es verdad que el ejército bizantino estaba ocupado de nuevo en la guerra contra Cosroes (en Lázica), pero llama la atención que no hubiese otras tropas

⁹ La batalla terminó con la muerte del líder lákmida, al-Mundir (o Alamundaros), y también con la del hijo mayor de al-Harit, Jabala. Con el tiempo, ésta batalla pasó a formar parte de la tradición árabe, donde es conocida como *Yawn Halima* (Jornada de Halima), por una supuesta princesa gasánida que también habría fallecido en el enfrentamiento (Shahid 2010, II, 2, 94-95).

¹⁰ En la obra de Juan de Éfeso se percibe una tendencia clara a sobrevalorar la importancia de al-Harit como líder árabe, en especial su papel de abanderado y protector del monofisismo. Eso puede llevarnos a pensar que Juan de Éfeso ensalza en exceso al líder gasánida. Pero no es el caso de Procopio, que no tenía ningún interés en hacer publicidad del *basileus* sarraceno; de hecho, hace todo lo contrario, pues en las líneas siguientes (*Bellum Persicum*, I, 17, 48) deja caer cierta sospecha de traición por su parte. La coincidencia de ambos en destacar el prestigio de al-Harit ante Justiniano, aunque con tono muy distinto, confirma la talla de su figura.

para detener a los lákmidas salvo los aliados sarracenos. Sahid (1995, I,1, 242) indica que esta batalla marcaría la verdadera influencia de al-Harit, que se habría extendido hacia el norte desde el desierto de Palmira, abarcando toda la línea del Éufrates y Siria Prima.

No solo parece haber prosperado al-Harit durante los años de la peste. Un hermano suyo, Abu Karib ibn Jabala, que desempeñaba el cargo de *flarca* en Palestina, recibió un encargo de Justiniano en 558 que nos parece muy llamativo: enviar una embajada al rey Abraha de Himyar (sur de Arabia), en nombre del emperador (Hoyland 2009, 120). La fecha coincide con el segundo brote de peste que, según la información de Agatias (*H*, 5, 10), afectó a la capital del imperio en la primavera de ese mismo año. La enfermedad había vuelto a manifestarse en Antioquía en 557 (Evagrio, *Historia Eclesiástica*, IV, 29) y desde allí se propagó hacia Constantinopla (Sabbatani et al. 2012, 129). Justiniano tenía interés en ponerse en contacto con el rey cristiano de Himyar, y posiblemente vio en Abu Karib el medio idóneo para realizar una misión en un lugar remoto de la península Arábiga donde los gasánidas podían tener alguna relación familiar, eran árabes al fin y al cabo, y de paso evitaba exponer a sus diplomáticos a cruzar un territorio asolado por la peste.

Inmediatamente después, a principios de la década de 560, encontramos a al-Harit como mediador entre los obispos monofisitas enfrentados por la controversia triteista. Varios monasterios monofisitas dejaron por escrito, en cartas intercambiadas entre ellos, la intervención de al-Harit para reconciliar a Jacobo Baradeo y Teodoro con Eugenio y Conon, todos ellos monofisitas pero enfrentados por la concepción de la Trinidad (Millar 2009, 97-116; Shahid 1995, I, 2, 809). Lo más llamativo de las cartas es por un lado el tratamiento que se da a al-Harit: amante de Cristo, glorioso patricio y muy digno de elogio. Y por otro el protagonismo asumido por éste: convocar una reunión de los obispos en su residencia para tratar de reparar lo que se había

roto en una reunión previa en Constantinopla. El *basileus* gasánida interviene en la disputa como si fuese el gobernante, o el superior, de los obispos monofisitas, al modo en que el emperador interviene en los asuntos de los obispos calcedonios en Constantinopla. ¿Se consideraba a sí mismo como la autoridad suprema del monofisismo? ¿trataba de emular el papel de Justiniano, pero limitándolo al ámbito de la población no calcedonia de Siria?¹¹ Jacobo Baradeo, Teodoro y los abades de los monasterios monofisitas le reconocen como tal en las cartas. Es muy probable que su intervención en las disputas cristianas no se debiese a su celo religioso, sino más bien al interés como gobernante ante la población árabe, tanto la asentada en las ciudades como la seminómada. No debe perderse de vista que la mayoría de la población árabe (los sarracenos según la denominación de los cronistas) profesaba alguna forma de credo no calcedonio. Las disputas entre sus obispos por cuestiones teológicas enrevesadas e ininteligibles no harían sino aumentar la zozobra y la confusión entre unas gentes que ya tenían bastante con las imposiciones de la corriente calcedonia y las persecuciones que los obispos calcedonios desataban periódicamente. Al-Harit parece haber actuado como un gobernante sagaz tratando de calmar las aguas entre las jerarquías religiosas. Con ello podía conseguir dos objetivos: primero evitar la inestabilidad del monofisismo, una inestabilidad que habría favorecido, sin duda, a los calcedonios en un momento de enfrentamientos duros; y

11 El papel de al-Harit en este episodio se asemeja en gran medida al de Justiniano ante los conflictos religiosos surgidos en Constantinopla y Alejandria, llamando a los obispos a la corte para debatir con ellos sus disputas (como los concilios de 536 en Constantinopla y Jerusalén para dirimir las diferencias entre Antimo y Agapito I) Podemos añadir además la actividad de al-Harit como fundador de iglesias y monasterios en emplazamientos que formaban parte del territorio bajo su control directo: los valles alejados de las ciudades sirias principales y las tierras semidesérticas cercanas al limes (Pandura 2013, 54) Esta actividad constructora de las élites gasánidas se sirvió de los emplazamientos y las estructuras de *castra* romanos en desuso (Arce 2015, 103, 111, 112)

segundo asentar y fortalecer su imagen ante las comunidades sarracenas.

Un último hecho sirve para constatar el prestigio alcanzado por al-Harit en los años de la peste, su viaje a Constantinopla en 563. Nuestra fuente es Teófanos el Confesor, cronista griego del siglo VII. En su obra relata la visita del «patricio y *filarca* de los sarracenos a Bizancio» con el objetivo de presentar a Justiniano a su sucesor, su hijo al-Mundir (*Chronographia*, I, 240). Al-Harit, en su condición de patricio, se presenta ante el emperador, y hace uso de su prestigio para marcar la línea sucesoria de su *filarcado*. Asegura la fidelidad de su hijo hacia Justiniano, pero también consigue transmitir sus privilegios a al-Mundir, que probablemente ya había sido nombrado sucesor ante su tribu. Además de esto, al-Harit tenía que presentar ante Justiniano una queja por los ataques de los árabes lákmidas a territorio bajo el dominio gasánida, violando el tratado de paz con Cosroes de 562. Al-Harit recurre al emperador para detener las razias lákmidas porque espera de él que intervenga ante Cosroes, que es quien, en apariencia, manda sobre los lákmidas. Aunque este episodio hace pensar que la autonomía de los árabes aliados de los persas era muy similar a la de los gasánidas dentro del Imperio Romano¹².

4. LEJOS DE LAS CIUDADES POR PREVENCIÓN

Esta concatenación de hechos contemporáneos (epidemias y apariciones relevantes de los *filarcas* gasánidas en las fuentes), nos lleva a preguntarnos cuál fue la clave de que la peste no afectase, al menos de manera grave, a los líderes sarracenos.

Los síntomas y las consecuencias del primer brote, descritas con detalle por Juan de Éfeso, han sido analizadas y publicadas por especialistas epidemiólogos, y las conclusiones son claras: la epidemia fue causada por la peste bubónica, se extendió con facilidad, provocó

grandes sufrimientos y causó cientos de miles de víctimas¹³. El estudio sobre el segundo brote, siguiendo la información de Evagrio y de Agatías, permite a los epidemiólogos concluir que fue más de lo mismo: hinchazón en las ingles, fiebre alta sin descanso, pústulas o bubas, y finalmente la muerte (Little 2007, 9-10). ¿Es posible que una gran parte de la población árabe, sus ejércitos, y especialmente sus líderes, se librasen del contagio por alguna razón? No hay ninguna información concluyente al respecto. Solo podemos deducir que, a la vista de los hechos que hemos presentado aquí, las tropas aliadas gasánidas y sus jefes tuvieron una presencia muy activa en los hechos militares, diplomáticos y religiosos durante los años transcurridos desde el primer brote (542) hasta el final del segundo (561), que hemos de suponer que fueron los más mortales si seguimos la lógica de la expansión de este tipo de epidemias: más virulencia al principio, con gran número de contagios y de víctimas en los primeros brotes, y disminución del número de ambas según va creciendo la inmunidad de la población. Ese protagonismo creciente pudo deberse a que, a diferencia de lo ocurrido con la población de las ciudades, los sarracenos o *tayyaye* (en siríaco) tuvieron muy pocas pérdidas de población. El modo de vida seminómada de las tribus árabes (gasánidas y otras) pudo haber evitado la propagación masiva de la peste entre ellas. De hecho, una de las razones que se ha esgrimido desde hace tiempo para la rápida conquista de Siria y Persia por los árabes musulmanes en el siglo VII es que la población y los ejércitos romano y persa estaban muy mermados a causa de los brotes recurrentes de peste, mientras que las tribus árabes no¹⁴. Sabemos que las guerras

13 Para más detalles sobre síntomas, contagios, tipo de peste y los diferentes brotes, vid Allen 1979, 8-11.; Keys 2000, 17-19; Little 2007, 15-16; Sabbatani et al. 2012, 128-136; Constantin y Caluian 2021, 45-47.

14 Russell (1968, 180) calcula que la población del ámbito Mediterráneo pudo descender entre un 20% y un 25% durante el primer brote, el más letal; y cuando hacia el año 700 ya no se repitieron los brotes en Oriente, la población del Imperio Romano se habría reducido en un 50%.

12 Para un análisis detallado de la importancia de la visita de al-Harit a Constantinopla en 563, vid. Shahid 1995, I, 1, 282-287.

constantes entre persas y romanos, así como los terremotos y las sequías también tuvieron su influencia, pero desde luego una epidemia tan virulenta y recurrente como la peste debió de ser el detonante principal de la decadencia de ambos imperios en Mesopotamia, Siria, Palestina, Egipto y Persia.

En sentido contrario, una vez que los musulmanes conquistaron Siria y se asentaron en las ciudades sufrieron con intensidad los nuevos brotes. El tercer califa omeya, Muawiya II, murió probablemente de peste en 684, a pocos meses de haber empezado su reinado. Y anteriormente, en 638 ó 639, otro brote de peste había diezmando al ejército musulmán mientras estaba acuartelado en Emaús. Parece que los califas tomaron buena nota de esos sucesos, y a partir de la muerte de Muawiya II retomaron la costumbre beduina de alejarse de las ciudades cuando empezaba alguna epidemia. Otro califa, Hisham ibn Abd al-Malik solía retirarse al desierto, a la fortificación de Rasafa, y pasaba allí largas temporadas a principios del siglo VIII huyendo de las enfermedades que eran frecuentes en Damasco. Por el mismo motivo, el ejército se alejaba de los acuartelamientos y acampaba en las montañas para sortear los contagios (Dolls 1974, 380). De ese comportamiento parece desprenderse un regreso a viejas formas de vida, esencialmente seminómadas y de aislamiento en gran medida. Unas formas de vida similares a las que se describen en el caso de las tribus sarracenas al servicio de Justiniano. Los líderes gasánidas tenían su corte en la *hirta*, ningún lugar concreto, sino aquel donde se hallase su tienda en cada temporada. Algunas noticias sitúan una especie de sede oficial en el asentamiento de Jabiya, identificado con una población en el Golán, pero en otras ocasiones estuvieron asentados en un lugar llamado Jilliq, en las proximidades de Damasco (Pandura 2013, 49). La *hirta* de los sarracenos también es la manera en que Juan de Éfeso denomina el territorio a cargo de Teodoro, uno de los obispos monofisitas nombrados a instancias de al-Harit en 542 (*Patrologia Orientalis*, p. 153-154).

Hay consenso en interpretar la palabra *hirta* como el campamento del *basileus* sarraceno, y como tal campamento nunca estaba mucho tiempo en el mismo sitio. Algunos autores identifican varios lugares en las cercanías de Damasco como probables sedes temporales de los jercas gasánidas. Por otro lado, se sabe de una destacable actividad constructora de edificios religiosos y palaciegos por parte de al-Harit y de su hijo al-Mundir en enclaves de la llanura basáltica, al este de Damasco hacia el desierto, y al sur hacia Amman, constatada por inscripciones. Es el caso del primer monasterio de Qasr al-Hayr al-Gharbi (cerca de Palmira), donde una inscripción dice que se levantó «en tiempos del filarcado del muy ilustre comandante en jefe Aretas»¹⁵; o de al-Hayyat y al-Burj, cerca de Bosra y al este de Damasco respectivamente, donde se conservan inscripciones con dedicatorias al patricio al-Mundir (Hoyland 2009, 127 y 119-120). Un ejemplo muy significativo es el de Tell al Umayri (Jordania), donde en una basílica del siglo VI se ha hallado una inscripción en griego que sitúa la consagración de la iglesia a San Sergio en tiempos del “muy magnífico Alamundaros” (μεγαλαπρε(πέστατον) Ἀλμουόνδαρον)¹⁶. Identificado Alamundaros con al-Mundir, el hijo y sucesor de al-Harit, la

15 La inscripción de Qasr al-Hayr al-Garbi dice « Ἀρέθα πατρικίου » y « καὶ τῆς φυλαρχίας τοῦ εὐδοξωτάτου Ἀρέθας στρατ(ηλάτου) », en la misma línea que la titulación usada en las cartas de los monasterios y en el testimonio sobre la visita de al-Harit a Constantinopla en 563 de la que nos habla Teófilo el Confesor. También se menciona que el texto se inscribió durante el filarcado de al-Harit. La inscripción está publicada en la web *Epigraphica Romana* con el número 2015_50_006, por Aliquot, J. Disponible en: <http://www.epigraphica-romana.fr/notice/view?notice=6267> (consultado en julio de 2023)

16 La inscripción de Tell al Umayri se refiere, varias veces, a Jesucristo como el Dios de San Sergio “Ο θεός τοῦ ἁγίου Σεργίου”, lo que conecta el lugar y su culto con Sergiopolis (Rasafa), donde había un monasterio dedicado a San Sergio, el santo principal de los monofisitas y los miafisitas, y probablemente también de la dinastía gasánida (Bevan, Fisher y Genequand 2015, 60-61). Esta inscripción está publicada en la web *Epigraphica Romana* con el número 2015_54_016 por Aliquot, J. Disponible en: <http://www.epigraphica-romana.fr/notice/view?notice=6157> (consultado en julio de 2023)

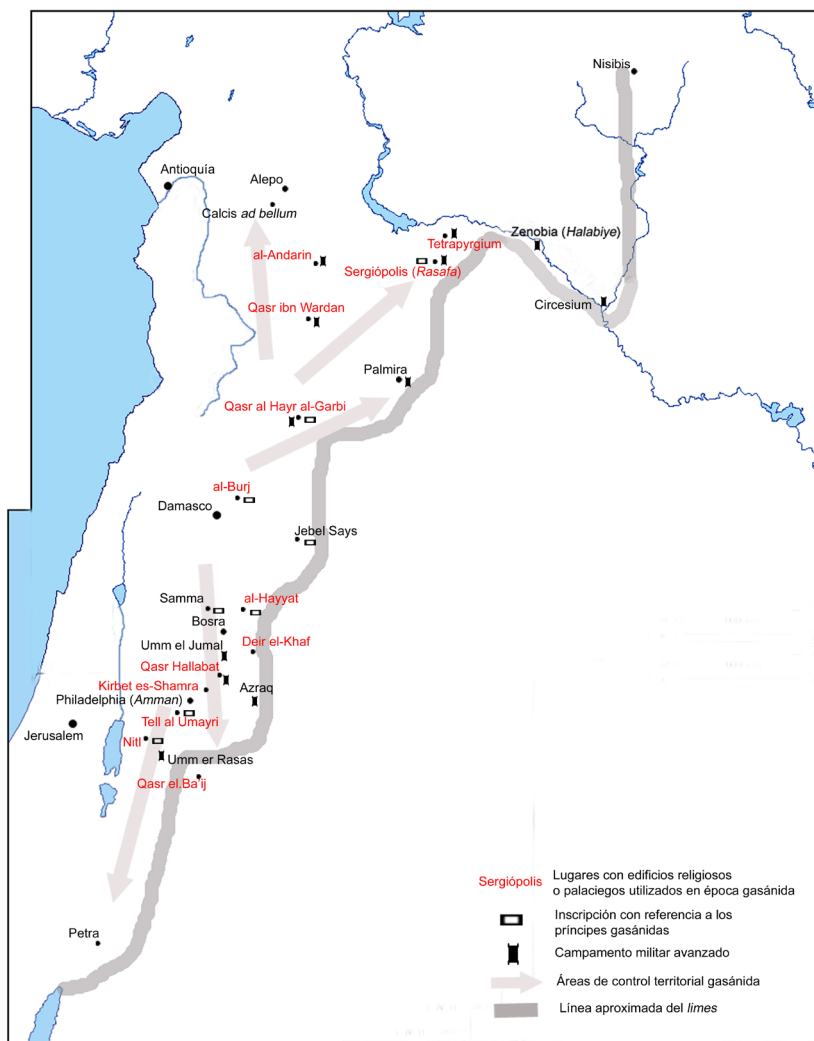


Figura 2. El *limes arabicus* y el territorio gasánida en el siglo VI. Elaboración propia a partir de d-maps.com

inscripción muestra la extensión hacia el sur del espacio geográfico bajo el control de los dirigentes gasánidas en el siglo VI (Fig. 2).

La inscripción ha sido fechada en la segunda mitad de la década del 560, en los primeros años de gobierno de al-Mundir. El yacimiento solo se ha excavado parcialmente, por lo que no es posible discernir si la iglesia estaba asociada a un asentamiento civil, a un monasterio o a una residencia aristocrática, pero en cualquier caso muestra

la disposición de los gasánidas y sus súbditos a construir nuevos asentamientos religiosos en las proximidades del *limes* (Bevan, Fisher y Genequand 2015). Se han documentado al menos otras cuatro inscripciones en las que se menciona a alguno de los miembros de la dinastía gasánida de una manera u otra: en la de Samma se nombra a Abu Kharib, el hermano de al-Harit que ejercía de filarca en Palestina; en Marib (Yemen) se ha hallado otro texto que habla de la embajada gasánida que

envió Justiniano, precisamente por medio de Abu Kharib; en el Jebel Says una inscripción habla de la presencia de un tal Raqim enviado a Says por el rey al-Harit; y finalmente tenemos el texto de la iglesia de San Sergio de Nitl, en el que se nombra a un filarca llamado Tha'aba y a un Eretha, hijos de al-Harit (Bevan, Fisher y Genequand 2015, 61).

Además de las inscripciones, los arqueólogos han constatado una reutilización de pequeños fuertes del *limes* a partir de su aparente abandono después de 540. En muchos de ellos se aprecia una primera transformación en monasterios, y en otros una evolución hacia residencias militares o palaciegas, formando parte de una línea defensiva en el desierto mantenida por las tropas gasánidas (Arce 2015, 103-114). Estos fuertes reutilizados no solo ejercieron un papel en la estructura militar de los árabes federados, sino que también sirvieron para proteger y difundir el monofisismo y como representación del poder de los gasánidas sobre un territorio muy amplio. Varios de esos edificios de carácter palaciego de la desértica llanura basáltica fueron utilizados por las élites gasánidas como residencias temporales. Lugares como Rasafa, Qasr al-Hayr al-Garbi, al-Andarin, Qasr ibn Wardan, Qasr Hallabat, Tetrypyrgium, Deir el-Kahf, Qasr el-Ba'ij y Kirbet es-Samra son ejemplos de esta clase de monasterios y/o residencias aristocráticas surgidas tras la retirada de las tropas de Justiniano del *limes arabicus*. En todos ellos se ha observado un uso al menos temporal a partir de la segunda mitad del siglo VI. Su localización cerca de fuentes de agua, en lugares con caza, en encrucijadas de caminos, y un cierto lujo desplegado en su construcción los relacionan con la práctica de trasladar el campamento de los príncipes sarracenos según la conveniencia del momento; en definitiva, algo así como una corte itinerante o semi nómada. Si como suponemos eran lugares de retiro, de descanso estacional, incluso de control de un territorio difícil de abarcar, muy probablemente sirvieron también de refugio en los tiempos de

la peste, y en ellos y otros similares debe estar la clave para que la epidemia no afectase a los sarracenos del mismo modo que a la población de las ciudades.

5. CONCLUSIÓN

Podemos concluir que el *basileus* gasánida al-Harit fue favorecido por un periodo de crisis sanitaria en el Imperio de Oriente, una crisis que afectó en gran medida a la población urbana, pero también al ejército imperial e incluso al mismo Justiniano. El más que probable alejamiento de al-Harit de las grandes ciudades, junto con su familia y el grupo tribal que formase su séquito o corte, siguiendo formas de vida seminómadas habituales entre los beduinos árabes, mantuvo a los líderes gasánidas apartados del contagio masivo de la peste que asoló la capital y las provincias orientales a mediados del siglo VI. Dado que los problemas fronterizos con los sasánidas no cesaron durante ese tiempo, Justiniano depositó su confianza en él y sus tropas para cubrir el déficit del ejército imperial en el *limes arabicus*. Al-Harit aprovechó esta situación para fortalecer su liderazgo sobre todas las tribus árabes al servicio del Imperio Romano y para prosperar en una especie de *cursus honorum* que le llevó a ser nombrado primero *filarca*, luego *archifilarca*, y posteriormente *patricio*, títulos que le acercaron al emperador no solo como un aliado extranjero, sino al nivel de un patricio romano, como puede verse en la visita a Constantinopla de 563. En el plano religioso, su posición como defensor de la fe monofisita creció en paralelo a su carrera política. Para los obispos monofisitas se convirtió en protector, mecenas y mediador en las disputas doctrinales y de poder a partir de su éxito al interceder ante Teodora para el nombramiento de dos obispos. Ese éxito, logrado justo en el momento en que los ataques de la corriente calcedonia eran más duros, le hizo aparecer ante los ojos de los monjes y clérigos como una especie de héroe; de ahí el tratamiento como glorioso patricio y muy digno de elogio que le dan veinte años

después los obispos y abades en las cartas de los monasterios en medio de la controversia triteista. El prestigio que ello conllevaba debió de serle muy útil a al-Harit para consolidar su influencia sobre el resto de tribus árabes y sobre la población sarracena, seguidores de la confesión monofisita en su mayoría.

Frente a la probabilidad de que la epidemia hubiese diezmando a la población sarracena y a las tropas gasánidas, dada su virulencia en las grandes ciudades y en el mismo ejército imperial, nos encontramos con un aumento de la presencia de al-Harit y su ejército en hechos militares y diplomáticos contemporáneos de la expansión de la peste. No solo eso, sino que la expansión de la aristocracia gasánida por el territorio que demarcaba la línea de frontera con los sasánidas tomó auge en esos mismos años en forma de reconstrucción de fuertes y monasterios en lugares clave para controlar la frontera. La huella más palpable de ello está en las inscripciones laudatorias y de dedicatoria donde al-Harit y su hijo aparecen con una titulación digna de un patricio romano.

El sucesor de al-Harit, su hijo al-Mundir, mantuvo ese protagonismo político y religioso durante un tiempo, pese a la caída en desgracia en el reinado de Justino II. En 580 el emperador Tiberio recuperará la alianza con los gasánidas e invitará a al-Mundir a Constantinopla para mediar en las controversias religiosas, curiosamente en el momento en que un nuevo brote de peste se abatió sobre el Imperio de Oriente. Y allí estaba de nuevo Juan de Éfeso para dejar constancia de ello (*Historia Eclesiástica*, 3, 4, 39).

6. EDICIONES DE FUENTES CLÁSICAS

- Brooks, E.W. 1926. *John of Ephesus. Lives of de Eastern Saints*. Patrología Orientalis 19. Paris : Firmin-Didot et C. Imprimeurs-Éditeurs.
- Chabot, J. B. 1901. *Chronique de Michel le Syrien*, vol, II, Paris: Culture et Civilisation.

- Dewing, H. B. 1935. *Procopius. Secret History*, vol. VI. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Cousin, L. 1676. *Histoire de l'Eglise écrite per Theodoret et par Evagre*, vol. IV. Paris: Damien Foucault.
- García Romero, F. A. 2000. *Procopio, Bellum Persicum. Historia de las guerras, libros I-II, Guerra Persa*. Madrid: Editorial Gredos.
- Migne, J. P. 1864. *Agatías, Historiarum libri quinque, Patrologia Graeca*, 88, Paris, pp. 1268-1328
- Migne, J. P. 1863. *Theophanis, Chronographia, Patrologia Graeca*, 108, Paris.
- Ortega Villaro, B. 2016. *Agatías. Historias, edición y traducción en castellano de Begoña Ortega Villaro*. Madrid: Editorial Gredos.
- Payne Smith, R. 1860. *John bishop of Ephesus. The third part of the Ecclesiastical History of John bishop of Ephesus*. Oxford: Oxford University Press.
- Signes Codoñer, J. 2000. *Procopio. Historia secreta*. Madrid: Editorial Gredos.
- Schwartz, E. 1940. *Acta Conciliorum Oecumenicorum (ACO)*, 3, *Collectio Sabbaitica*. Berlin: De Walter der Gruyter & CO.
- Wittakowski, W. 1996. *Chronicle of Pseudo - Dionysius of Tell Mahre, Part III*. Liverpool: Liverpool University Press.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Allen, P. 1979. The Justinianic plague. *Byzantion* 49, 5-20. Leuven.
- Arce, I. 2012. Romans, Ghassanids and Umayyads and the transformation of the *Limes Arabicus*: from coercive and deterrent diplomacy towards religious proselytism and political clientelism. En Vannini, G. y Nucciotti, M. (Eds), *La Transgiordania nei secoli XII-XIII e le "frontiere" del Mediterraneo medievale*, 55-74. Oxford: BAR International Series 2386.
- Arce, I. 2015. *Severan castra, Tetrarchic Quadriburgia, Justinian Coenobia and Ghassanid Diyarat*: Pattern of

- transformation of Limes Arabicus Forts during Late Antiquity. En Collins, R., Symonds, M., y Weber, M. (Eds), *Roman Military Architecture on the Frontiers. Armies and Their Architecture in Late Antiquity*, 98-122. Oxford: Oxbow Books.
- Bevan, G., Fisher, G. y Genequand, D. 2015. The Late Antique Church at Tall al-`Umayri East: New Evidence for the Jafnid Family and the Cult of St. Sergius in Northern Jordan. *BASOR* 373, 49-68. Chicago.
- Constantin, G. y Caluian, I. 2021. The Justinianic Plague's Origins and Consequences. *Asian Journal of Medicine and Health* 19 (1), 45-47. doi: 10.9734/AJMAH/2021/v19i130296
- Dols, Michael W. 1974. Plague in Early Islamic History. *Journal of the American Oriental Society* 94 (3), 371-383. doi: 10.2307/600071
- Genequand, D y Robin, C. 2015. *Les Jafnides. Des rois Arabes au service de Byzance, VIe siècle de l'ère chrétienne. Actes du colloque de Paris, 24-25 novembre 2008*. Paris : Orient & Méditerranée 17.
- Hoyland, R. 2009. Late Roman Provincia Arabia. Monophysite Monks and Arab Tribes: a Problem of Centre and Periphery. *Semitica et Classica* 2, 117-139. doi: 10.1484/J.SEC.1.100513.
- Keys, D. 2000. *Catastrophe: An Investigation into the Origins of Modern Civilization*. New York: Ballantine Books.
- Little, L. K. 2007. Life and Afterlife of the First Plague Pandemic. En Little, L. K. (Ed.) *Plague and the End of Antiquity, The Pandemic of 541-750*, 3-32. Cambridge: Cambridge University Press.
- Millar, F. 2008. Rome, Constantinople and the near Eastern Church under Justinian: Two Synods of C.E. 536. *The Journal of Roman Studies* 98, 62-82. Cambridge: Cambridge University Press.
- Millar, F. 2009. Christian Monasticism in Roman Arabia at the Birth of Mahomet. *Semitica et Classica* 2, 97-116. doi:10.1484/J.SEC.1.100512
- Pandura, M. 2013. Perceiving otherness, creating resemblance – the Byzantinization of nomads in the age of Justinian I: The Arabs. *Acta Euroasiatica* 1, 43-69. Wrocław.
- Petersen, L. I. R. 2013. *Siege Warfare and Military Organization in the Successor States (400-800 AD): Byzantium, the West and Islam*. Leiden-Boston: Brill.
- Rousset, Marie-Odile (dir.) 2021. *Chalcis/ Qinnasrin (Syrie): De l'âge du Bronze à l'époque mamelouke. Qinnasrin II*. Lyon: MOM Éditions.
- Russell, J. C. 1968. That Earlier Plague. *Demography* 5 (1), 174-184.
- Sabbatani, S., Manfredi, R. y Fiorino, S. 2012. La peste di Giustiniano (prima parte). *Le infezioni in Medicina* 2, 125-139. Salerno.
- Sahid, I. 1995. *Byzantium and the Arabs in the Sixth Century*, vol. 1. Washington D. C.: Dumbarton Oaks.
- Shahid, I. 2010. *Byzantium and the Arabs in the Sixth Century. Economic, Social and Cultural History*, vol. 2, 2. Washington D. C.: Dumbarton Oaks.
- Stein, E. 1949. *Histoire du Bas Empire. De la disparition de l'empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565)*, vol. 2. Paris-Bruxelles-Amsterdam : Desclée de Brouwer.
- Torrance, I. R. 1998. *Christology after Chalcedon. Severus of Antioch and Sergius the Monophysite*, Eugene, Oregon (USA): Wipf and Stock Publishers.